

Querido hijo: estás despedido

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Magalí Colomer

loqueleg

La carta

Para entrar en la habitación, su madre tuvo que hacer un esfuerzo extra. Por detrás de la puerta se amontonaba la ropa tirada que impedía el libre acceso al interior. Y no sólo la ropa.

Pensó que, inmediatamente, estallaría la tormenta, y escucharía los consabidos reproches acerca de su falta de orden y limpieza. E imaginó además que, tras los gritos, ella lo obligaría a ponerse manos a la obra, para adecentar todo aquello.

Se puso tenso.

Pero su madre no dijo nada al respecto.

Sólo lo miró, indiferente, como si no pasara nada, y entró para acercarse a la cama en la que estaba tumbado, con los zapatos puestos sobre la colcha, leyendo un cómic.

Era muy extraño...

—Miguel.

—¿Sí?

—Toma.

Le dio un sobre.

—¿Qué es?

—Tómalo.

La obedeció. Pero no pudo ver lo que contenía ya que no le dio tiempo de abrirlo. Su madre llevaba algo más.

Un papel y un bolígrafo.

—Fírmame aquí —le pidió.

—¿Para qué? —vaciló Miguel.

—Es un acuse de recibo.

—¿Un qué?

—Te di una carta, y quiero que quede constancia de que la recibiste para que luego no puedas decir que no sabías nada. Hay que hacer las cosas bien.

Su madre no solía jugar. No tenía tiempo de jugar. Pero aquello parecía un juego. Se sentó en la cama y miró el papel. Leyó: “Acuse de recibo”. Debajo estaba escrita la fecha y su nombre: Miguel Fernández Martínez.

—¿Quieres que firme esto?

—Sí.



Estaba tan seria, tan distante, tan solemne, tan triste...

—Bueno —se encogió de hombros—. Está bien.

Tomó el bolígrafo para estampar su firma en el papel. Aún no tenía decidido, para el futuro, si hacer una con muchas curvas después de la ele final o si, por el contrario, optaba por otra con los rasgos muy rectos. La primera daba la impresión de ser como una nube, blanda y esponjosa. La segunda más recia. Lo de la firma parecía ser una huella de identidad para toda la vida, así que era importante.

Hizo la primera.

“Miguel”.

Acto seguido, y sin mediar palabra, su madre guardó el bolígrafo que tenía en la mano derecha y el acuse de recibo que sostenía con la izquierda. Luego dio media vuelta, pasó por entre el caos de la habitación, y se fue cerrando la puerta tras de sí.

Miguel miró el sobre, mitad divertido mitad sorprendido.

Lo abrió.

Dentro había una hoja de papel, escrita en la computadora de su padre. Apenas una docena de líneas.

—Eso.

Su madre respiró con fuerza, dejó de planchar un instante y tras depositar la plancha en la rejilla lateral se cruzó de brazos.

—Mira, Miguel, se acabó. No quiero discutir —le dijo—. Esto me cuesta a mí más que a ti, pero como no quiero ponerme enferma, ni que se me caiga el pelo, ni parecer una momia de cien años a los cuarenta, hay que ser egoísta. Dicen que la felicidad bien entendida empieza por uno mismo. Lo he intentado pero no he podido. Ahora se trata de que me vuelva loca en dos días o de que te vayas, y he decidido que yo no quiero volverme loca, así que te vas tú. Y con todas las de la ley.

—Pero...

—Miguel, ya te lo he dicho: no quiero discutir más —agarró la plancha y se puso a planchar de nuevo, con todo ahínco.

—¿Y a dónde quieres que vaya? —preguntó él, más y más desconcertado.

—No sé, allá tú.

—No soy mayor de edad —dejó escapar cada vez más inquieto.

—Si no estás conforme, tienes derecho a contratar a un abogado.

—¿Un... abogado?

—Es lo usual en estos casos. Si no puedes llevar tu propia defensa... Pero te aseguro que lo tienes perdido. Tengo todos los argumentos a mi favor. Es un despido preceptivo.

—¿Precep... qué?

—Preceptivo. Legal —le aclaró ella—. Totalmente autorizado por la ley.

—Yo no puedo pagar un abogado.

—Pues tienes otro problema.

Dejó que transcurrieran unos segundos. Su madre seguía atareada con lo de planchar. La había visto así muchas veces, muchísimas, aunque nunca como hasta ese momento se había dado cuenta de lo buena y eficiente que era. En un abrir y cerrar de ojos, lo más arrugado quedaba perfecto. Plis-plas. Movimientos metódicos, sincronización, maestría. Arte. Sin embargo seguía inquieto por su tono, su rostro seco, sus gestos adustos. Nunca la había visto así.

—Vamos, ya está bien de...

Los ojos de la mujer le cortaron la frase en seco.

—Miguel —le dijo con dureza—. No es algo fácil para mí, y no creas que me gusta. Pero todas las cosas tienen un límite, y yo ya he dicho basta con el mío. No es una broma. Mírame bien: no es una broma —se lo repitió despacio y recalcando las palabras—. Acabo de despedirte y punto. Dentro de un mes... adiós.

—Bueno, está bien —bajó la cabeza—. Ya la capto.

—¿Tú crees?

—Es tu forma de reñirme y de...

—No, Miguel. De reñirte ya nada. ¿Para qué? Tal y como te digo en la carta, mis derechos han sido vulnerados repetidamente, mientras que mis deberes han sido cumplidos con creces. Los de Amnistía Internacional incluso dirían que he sido torturada con saña. Llegados a este punto, las broncas y los sermones no sirven de nada, así que hay que actuar por la vía directa. Se acabaron los gritos. Cuando alguien no cumple, se le echa y en paz. Eso es todo.

—Pero...

—No voy a discutir más el asunto, ¿de acuerdo? Te repito que si no estás de acuerdo, me envíes